

1. Nacionalismo y modernidad:

Los aportes de una controversia historiográfica

Cristian Buchrucker / Conicet/ UNCuyo / Mendoza, Argentina

Palabras preliminares

Las breves páginas que siguen presentan algunos resultados preliminares de uno de los seis proyectos específicos que integran un Programa de Investigación sobre la democracia y los nacionalismos en los conflictos del mundo contemporáneo. Partiendo del reconocimiento general entre los investigadores de la complejidad del nacionalsocialismo alemán en lo que se refiere a la particular mezcla y tensión de tendencias conservadoras y modernas, se comienza por una presentación de las posiciones que ponen el acento en la “modernidad”, para pasar luego a las críticas que desde otras perspectivas se han hecho a tal lectura del nazismo. Esta polémica tiene considerable importancia, porque las diversas interpretaciones implican respuestas diferentes a inevitables preguntas sobre continuidades y rupturas en la historia contemporánea, y sobre los factores y actores políticos y sociales que jugaron un rol en el ascenso del nazismo – uno de los más grandes desafíos que tuvieron que enfrentar los sistemas democráticos en el siglo XX -, así como sobre las posibles afinidades ideológicas entre ese y otros movimientos políticos.

En la segunda parte se proponen ciertas herramientas analíticas y críticas que creemos aptas para superar algunos de los bloqueos que presenta esta controversia historiográfica, para lo cual se ha buscado lograr una interacción más fructífera entre la construcción de marcos conceptuales y la documentación histórica.

I. Posiciones en el debate

Debemos partir de la advertencia de que lo que aquí llamaremos “posiciones” no puede de ninguna manera reflejar la riqueza total

de los aportes historiográficos de los autores en cuestión. Simplemente se trata de una revisión de las tesis fundamentales que configuran una discusión que fue tomando fuerza desde los años 80, manteniéndose con bastante vigor en el presente.

La tesis de la modernidad económica y social del Tercer Reich es la primera que merece nuestra atención. En fecha relativamente temprana había sido esbozada por David Schoenbaum¹, quien destacó los efectos igualitarios de algunas políticas del régimen sobre la sociedad alemana. Tim Mason por su parte caracterizó la legislación laboral nazi como parte de una “tendencia conscientemente progresiva del capitalismo tecnocrático”. En el plano de la seguridad social, Ronald Smelser destacó el carácter progresivo de un sistema que cubría a la población con servicios “desde la cuna hasta la tumba”. Desde una perspectiva ligeramente diferente, Martin Broszat señaló la capacidad del nazismo para captar como adherentes y colaboradores a muchos de los integrantes aparentemente más “innovadores” y eficientes de la clase media². Todo esto se encuentra presente y reforzado por Zitelman, quien le asignó una importancia central al tema de la igualdad y de la “movilidad social”, tanto en el movimiento como en el régimen.³

Un segundo núcleo polémico se encuentra en la tesis de la íntima conexión entre el Holocausto y la modernidad. El libro más profundo sobre la cuestión es sin duda el de Zygmunt Bauman, con su afirmación lapidaria en el sentido de que el asesinato estatal masivo de los judíos europeos fue un hecho “nacido y realizado en nuestra sociedad racional moderna”.⁴ La parte más fuerte de la obra analiza la facilidad con la que un régimen basado en la división tecnoburocrática del trabajo pudo desarrollar un proceso de distanciamiento social de la mayoría alemana con respecto a la minoría judía, preparando de tal manera la realización de actos inmorales. Mientras que Bauman se mantiene en un plano sociológico y filosófico, la muy discutida producción de Götz Aly es más histórica. Para este autor, la génesis del Holocausto se debe primordialmente a las ideas de ingeniería social de un grupo burocrático de economistas, agrónomos, demógrafos, geógrafos e historiadores que habrían sido recogidas por los jefes de rango

ministerial y así llevadas a la práctica. La motivación antisemita-racista no habría sido lo principal, sino de tipo “tecnocrático-racional”, tendientes a la creación de una Polonia y Europa Oriental económicamente más modernas y “desarrolladas”, integradas productivamente al imperio continental nazi.⁵

Mientras que en la primera tesis la cualidad moderna del nazismo aparece referida fundamentalmente a algunas modalidades con las que éste recibió y desarrolló la sociedad capitalista e industrial que ya era la Alemania de 1933, estimo que merece un lugar propio una tercera afirmación, según la cual el proyecto político del propio Hitler en su totalidad debería ser reconocido como moderno. Zitelman tiende a esa posición, pero también la fórmula Stanley Payne, quien llega a sostener que “todas las ideas políticas y sociales” de Hitler habrían derivado de variaciones del pensamiento ilustrado del siglo XVIII, entre ellas la idea de la voluntad general, la creencia optimista en el progreso y el racismo.⁶

Del amplio espectro de los autores que critican estas posiciones se pueden extraer las consideraciones resumidas a continuación:

a) En las formulaciones más generalizantes de lo que podría llamarse la interpretación “modernista” existe una gran desconexión entre la documentación referida a determinadas ideas y sectores de rango medio de la burocracia por un lado y el proceso de toma de decisiones encarnado en Hitler y los jefes del régimen por el otro. Esta debilidad resulta particularmente clara en las obras de Bauman y Aly.⁷

b) Sobre el Holocausto hay un considerable cuerpo de evidencia documental que no resulta compatible con tesis de la supuesta “racionalidad” económica en la motivación de los organismos decisores del régimen.⁸

c) A pesar de abundar los adjetivos “moderno”, “científico” y “racional” en los escritos de esta corriente, el concepto de modernidad permanece generalmente en estado nebuloso, dado como supuesto o evidente por sí mismo. No está nada claro si los autores que llamaremos “modernistas” lo entienden todos de la

misma manera ni los límites hasta donde creen poder extenderlo. Algo se avanza cuando Payne lo refiere al cuatrinomio “industrialización-urbanización-secularización-racionalización” pero tampoco dicho estudioso logra establecer una conexión sistemática y profunda entre esas características y el nazismo. Algo diferente que no se deja rotular como “moderno” aparece mas o menos subrepticamente incluso en estos autores. Payne menciona ciertas “contradicciones” en el pensamiento de Hitler.⁹ Bauman tiene pasajes donde el Holocausto es definido un “encuentro único” entre los “poderosos instrumentos” surgidos del desarrollo moderno con “las viejas tensiones que la modernidad ignoró (...) o fracasó en resolver”.¹⁰ Estudiosos de las ideas del biologismo adoptado por los nazis como Peter Weingart y Frank Hartman se ven obligados a reconocer que en realidad se trataba de un intento de convertir a la ciencia natural en una “fe casi religiosa”, una seudociencia arbitrariamente mezclada con el “mito germano-nórdico” e impulsada por el “miedo a lo moderno” – es decir, no un producto netamente “científico”.¹¹ Todo esto tiende a reforzar el escepticismo de Mark Roseman, quien no cree que el concepto de modernidad sea de gran utilidad para el análisis de fenómenos de corta vigencia histórica como el nazismo, declarándose además incapaz de definir alguna configuración política que pueda considerarse específicamente “moderna”.¹²

d) Las tesis modernistas (de manera muy marcada la segunda y la tercera) minimizan de manera artificial o directamente no logran integrar en su interpretación las características tradicionales que presentaba el nazismo – entre ellos la judeofobia. Tomando el conjunto de este debate entre modernistas y antimodernistas, se esboza como espacio mínimo de coincidencia la aceptación generalizada de que el nazismo presentaba una mezcla de elementos nuevos y viejos, dándose una presencia de los primeros en las esferas tecnológica y económica (que en realidad nunca ha sido negada por nadie). Sin embargo, apenas se puede decir que haya muchos avances compartidos cuando se traspasan los límites de esta modesta base: unos insisten en el carácter dominante de los rasgos “modernos”, incluyendo el ámbito central de las grandes orientaciones políticas y sociales, mientras que los otros le asignan

preeminencia a tendencias arcaizantes, “irracionales” y “románticas”.¹³

Estando las cosas así, parece necesario explorar algo más el fundado escepticismo de Roseman. Lo haremos aquí analizando la cuestión menos clara de este campo polémico: la de la relevancia o irrelevancia de las ideas de modernidad y tradición para el estudio del ámbito ideológico y político-institucional del movimiento y del régimen nazi.

II. Modernidad y tradición en la “Weltanschauung” nacionalsocialista

La utilidad de estas las mencionadas categorías en el presente contexto implica poder precisarlas allí donde Roseman ha expresado su duda: en lo político propiamente dicho. La continua referencia a las autopistas y las bombas voladoras, a los médicos, químicos, e ingenieros que trabajaron para el Tercer Reich no resuelve esa cuestión. Para darle un sentido claro, la modernidad política se tiene que referir a pautas ideológicas e institucionales que en determinada época – digamos los últimos 200 años – se han convertido en la constelación dominante (no exclusiva) de por lo menos el mundo euro-atlántico. Esto no implica que de manera aislada y episódica algunas de esas características no hayan aparecido en tiempos anteriores. Pero lo cierto es que ya a fines del siglo XIX y en la propia Alemania, los trabajos de Ferdinand Tönnies y Max Weber daban contenido a la contraposición entre lo moderno y lo tradicional, cuando señalaban la adscripción de las relaciones “comunitarias” (de “Gemeinschaft”) y el “encantamiento” de la cosmovisión como lo característico de siglos anteriores, mientras que el mundo moderno implicaba una difusión creciente de las relaciones “societarias” (“Gesellschaft”) y el “desencantamiento” (“Entzauberung”) de las concepciones del mundo.

A partir de estas ideas básicas es posible establecer una tipología básica de las argumentaciones o concepciones que históricamente se han esgrimido para afirmar o negar la legitimidad no sólo de los sistemas sociopolíticos, sino también de las estructuras socioeconómicas y los sistemas internacionales.¹⁴ En ese sentido puede afirmarse que la “vieja Europa” – comunitaria, estamental,

“encantada”, precapitalista y predemocrática – justificaban sus instituciones principalmente a través de dos tipos (“tradicionales”) de legitimación: la religiosa y la naturalista-organicista-hereditaria. Según la primera, la autoridad del monarca derivaba de manera más o menos directa de Dios; según la segunda, el orden de la sociedad humana reflejaba el orden de la naturaleza, existiendo una supuesta identidad entre los diversos status-roles de los estamentos y el funcionamiento de las partes de un organismo viviente. La norma era vista como emanación del “ser” de las cosas y el saber de los antiguos como más cercano a ese orden natural que cualquier idea posterior, sospechosa a priori por no figurar en aquel canon tradicional – el conocimiento y el orden se heredaban, no se investigaban, se discutían ni se construían. A partir de fines del siglo XVII otras legitimaciones (“modernas”) fueron desplazando a las ya mencionadas y terminaron por convertirse en los fundamentos teóricos del nuevo mundo, relativamente societario, individualista, desencantado y crítico: las de tipo científico-técnico-experimental por un lado y las voluntario-contractualistas por el otro.¹⁵

En los sistemas constitucionales de los Estados más influyentes como modelos de la modernidad a escala mundial hasta 1914 – Inglaterra, Francia y Estados Unidos – la legitimación de la arquitectura de los poderes y los derechos, conservó siempre residuos de las teorías premodernas, pero en lo esencial se basó en argumentos nuevos. Las burocracias civiles y militares reclutadas en estratos cada vez más amplios de la sociedad se legitimaron por su formación técnica y científica; las normas relativas al sistema económico con el argumento – experimental – de la aceleración del crecimiento económico y las innovaciones tecnológicas; la creciente importancia de los parlamentos y funcionarios electivos por la convicción de que la masa de las personas comunes que soportan las políticas públicas tiene derecho a poseer una herramienta para controlar los procesos de toma de decisión que originan y modifican dichas políticas (aunque no posean el saber especializado para implementarlas); la libertad de prensa, por el reconocimiento de que no existía “una” verdad indiscutible que fuese patrimonio de los gobernantes. Y la idea de lo que era una nación incluía cada vez más la aceptación voluntaria de una

cultura política compartida, no exigiendo ya la uniformidad religiosa como en el pasado.

En apretada síntesis, esto es lo que la enorme mayoría de los observadores entendía por “modernidad” en el ámbito político-ideológico al comenzar el siglo XX, modernidad que incluía un proyecto socialista que se autointerpretaba como superación y perfeccionamiento - no negación - de los avances que hasta ese momento había logrado el liberalismo en su variante democrática. La Rusia zarista era una gran potencia, temida por su ejército, pero a nadie se le ocurría considerarla como políticamente moderna. Este clima intelectual europeo – que fue el de las décadas inmediatas anteriores y también contemporáneo al surgimiento del nazismo – es el que parece el criterio comparativo más adecuado cuando se plantea la cuestión de la modernidad del Tercer Reich.

La tesis que fundamentaremos en las páginas siguientes es que la “cosmovisión” de la que Hitler se proclamó como forjador tuvo como núcleo central una concepción de la legitimidad que combinaba una terminología aparentemente novedosa (no idéntica a la de los teóricos premodernos) con un núcleo antimoderno militante, especialmente con su obsesivo endiosamiento de los valores guerreros (“stählerne Romantik” – el romanticismo de acero de Goebbels) y su desprecio por “blutlose Intellektuelle” y “feige Bürger mit Krämerseelen” (intelectuales sin sangre y burgueses cobardes con alma de mercachifle). Tanto el peculiar lenguaje nazi, como el uso de la tecnología moderna pueden justificar que se caracterice a este fenómeno como “modernización engañosa”, pero también como tradicionalismo “fragmentado”.¹⁶ El nazismo confundía a algunos – e incluso se autoengañaba el propio Hitler - en cuanto pretendía derivar su política de una supuesta moderna “ciencia de la raza” y al mismo tiempo se reivindicaba como heredero del pasado alemán, aunque de esa tradición histórica elegía arbitrariamente algunos fragmentos y desechaba otros. Nada de esto quedó como simple retórica: entre la práctica política y social del Tercer Reich y la extraña constelación ideológica que pretendía justificarla existió una temible coherencia.

Es cierto que visto superficialmente el discurso legitimador nazi aparece como una absurda mezcla de todos los principios imaginables, tanto los modernos como los tradicionales: junto con invocaciones a la Providencia se proclamaba el “antisemitismo de la razón” y ocasionalmente la “verdadera democracia alemana”. Pero al analizar cuidadosamente las fuentes, se descubre que desde los escritos de Hitler de los años 20 hasta la doctrina “jurídica” oficializada a partir de 1933 surgió y se consolidó una “Weltanschauung” (concepción del mundo) dotada de cierta coherencia interna. La misma giraba en torno a cuatro conceptos cuya interrelación constituyó el mencionado núcleo antimoderno (una legitimación naturalista-organicista-hereditaria): “Volksgemeinschaft” (comunidad popular), “Führerprinzip” (principio de liderazgo), “Gefolgschaft” (séquito) y “Artgleichheit” (homogeneidad racial).

¿Cómo definía un importante educador del Tercer Reich el conjunto de valores que caracterizaban al nazismo? De una manera muy poco moderna: “Se levanta (...) la sangre contra la razón; la raza contra finalidades racionalistas; el honor contra la ganancia; los lazos [comunitarios] contra el libertinaje llamado ‘libertad’; la totalidad orgánica contra la disolución individualista; el espíritu marcial contra el deseo burgués de seguridad; (...) el Estado contra la sociedad, el pueblo contra individuo y masa.”¹⁷ Un pueblo “sano” sería el que vive de acuerdo a las “eternas leyes de la naturaleza”; la que a su vez sería “racional”, reconociendo que el derecho fundamental es “el derecho del más fuerte”.¹⁸

¿Sostenía Hitler una filosofía progresista de la historia, como nos sugieren Zitelman y Payne? De ninguna manera, salvo que reduzcamos la pregunta al ámbito tecnológico. En lo político-social, el dictador pardo presentaba una historia cíclica, donde los valores más admirables se acumulaban en un pasado bastante lejano. Según él, “la Providencia” utilizó a los emperadores alemanes de la Edad Media para unificar las tribus y forjar “la conciencia nacional alemana”. Ya la Reforma “debilitó” ese logro histórico, pero por lo menos bajo el “absolutismo de Federico el Grande” la gente “podía percibir los intereses de la nación de manera más objetiva” que en el siglo XIX. Es que la “Revolución Francesa” habría iniciado

un proceso de destrucción de la monarquía y del Estado: una “raza foránea” – “el fermento judío de descomposición” – habría fomentado de manera planificada la división de clases entre burgueses y obreros y difundido toda una serie de principios destructivos para la unidad y el vigor de Alemania. Decisivamente dañados por ese proceso se habría desarrollado tanto el Segundo Reich (1871-1918) – una “monarquía parlamentaria, democrática y constitucional”, como el sistema de Weimar – una “república parlamentaria democrática”. Ambas formas habrían estado condenadas al derrumbe, porque “no se puede construir una comunidad sobre principios que se contradicen entre sí”.

Todo esto debería verse en el marco de una ley histórica según la cual las “eras democráticas” – “destructoras de pueblos y Estados” – nunca habrían sido otra cosa que “fenómenos breves”; después de “corto tiempo” siempre se daría el retorno de una “autoridad”, capaz de retomar “por siglos el ordenamiento de los asuntos públicos”.¹⁹ En cuanto a los posibles modelos constitucionales que Hitler consideraba dignos de admiración, llegó a mencionar la Venecia aristocrática y el Papado medieval, así como la unidad entre un Estado militarista y una religión patriótica lograda por el emperador japonés y en menor medida por el califato islámico.²⁰

La tarea del Partido Nazi habría consistido en reiniciar justamente uno de los mencionados períodos autoritarios, restaurando “por siglos” la “natural” unidad entre las partes orgánicas de la “Volksgemeinschaft”: el liderazgo (“Führung”) y el séquito (“Gefolgschaft”), ligados de manera inseparable por la homogeneidad racial (“Artgleichheit”). Esto, que en épocas remotas habría surgido simplemente del “sano instinto” del pueblo, ahora estaría confirmado “científicamente” por la Antropología. Hitler sostenía que el NSDAP había demostrado su capacidad de agrupar al “núcleo racial” (“ario-nórdico”) que había “fundado” el pueblo y el Estado alemán, de lo cual derivaría su derecho a efectuar la selección de las élites del Tercer Reich.²¹

Numerosos juristas se encargaron de comentar una y otra vez esta concepción, siendo una de las versiones más influyentes la de Ernst Forsthoff: “Un pueblo es una comunidad basada en la homogeneidad

racial”, que también es “de destino”; de esa homogeneidad surgiría “la unidad de la voluntad política” y la capacidad de “diferenciar al amigo del enemigo”. Enemigos serían los que “siendo racialmente distintos” atentan contra el “espacio vital territorial y espiritual” del pueblo. Es por eso que el judío “sin importar si actúa de buena o mala fe”, se ha convertido en enemigo y “se le debió quitar su capacidad de hacer daño”.²² En la cosmovisión nazi el antisemitismo es un elemento central, no secundario, sin el cual se vendría abajo toda la coherencia interna del sistema: la dictadura del Partido único se legitima con el argumento de ser para Alemania la única barrera de salvación frente a una agresión territorial y espiritual de carácter permanente, manejada por “la internacional judeo-masónica-bolchevique”. Y tolerar la diversidad y competencia de partidos y opiniones sería aceptar el predominio de ideas ajenas a la “esencia” alemana – el liberalismo, la democracia, el socialismo, el comunismo, etc.²³

En la terminología nazi el Tercer Reich es definido con varios adjetivos, pero todos remiten a lo mismo: una unidad que estaría más allá de la mentalidad analítica y crítica como se la concibe en “otros países”: este sistema político sería a la vez “Estado popular” (“Volkstaat”) y Estado total de liderazgo (“Totaler Führerstaat”). Verdaderos conflictos internos o debates y votaciones no pueden ser tolerados, porque “la voluntad del pueblo encuentra su expresión en el Partido”. Aunque “millones” de alemanes no fueran “conscientes” de eso, negándose a “aceptar esa verdad”, con el tiempo, serían “educados” en ella.²⁴ A su vez, el propio Hitler proclamaba que “El ‘Führer’ es el Partido y el Partido es el ‘Führer’”. De la misma manera que yo no me siento sino como parte de este Partido, así el Partido siente que es una parte mía.”²⁵ Ingresamos así en un irracionalismo militante, el de las identificaciones místicas. Este misterio pseudorreligioso es presentado por Forsthoff como una “nueva forma de gobierno”, aunque lo que de facto pretende es reconstruir la unidad entre jefatura política y religiosa, propia de las monarquías orientales de la Antigüedad. “No se la puede explicar” según las categorías conocidas; entre otras cosas, se nos advierte que la autoridad del “Führer” “no proviene de un mandato popular”, sino de un reconocimiento, un acatamiento. A los extranjeros les costaría entender esta constitución, porque sus conceptos básicos

serían “intraducibles” a otros idiomas y porque surgiría del “mundo de la vivencia política”, no del pensamiento abstracto: “Führer y Gefolgschaft forman una unidad, que no puede ser comprendida de manera lógico-formal, sino solamente vivida”. Por esa vía se habría “superado” la “diferenciación democrática entre gobernantes y gobernados”.²⁶

El Partido Nazi asume en este esquema un doble rol: el de las aristocracias políticas del mundo premoderno y el de la elite sacerdotal de las religiones tribales y estatales: sería el “educador” del Volk en la verdad de “la idea”, la que a su vez es la voluntad vital del pueblo (“völkischer Lebenswille”) y esta voluntad meta-racional, anclada en la presunta homogeneidad racial es postulada como el misterioso lazo que garantizaría la inalterable unidad de Líder, Partido y pueblo. Por eso ninguna institución intermedia puede alterar el principio de que “la autoridad” de la jefatura es “sin condiciones” y “sin barreras”, la obediencia exigida “ciega” y el deber del Partido, “ser intolerante”.²⁷

No es este el lugar adecuado para efectuar un desarrollo detallado de las múltiples manifestaciones de esta reacciónseudomoderna, pero en un caso creemos necesario mostrar alguna evidencia. Se trata de la cuestión de la supuesta discontinuidad entre la judeofobia tradicional (católica y protestante) y el antisemitismo nazi. Lo primero que se debe señalar es que no todos, pero sí muchos de los rasgos de la imagen odiosa del judío que pintaba el segundo complejo ideológico ya se encontraba en la versión tradicional. De no ser así, no se explica como Martin Rade, una persona de formación intelectual conservadora y religiosa – era Profesor de Teología en la Universidad de Marburgo – aprobaba las leyes racistas de Nuremberg, reconociéndolas como una “garantía” para “la pureza de la raza aria”. Entre 1933 y 1941 las coincidencias entre el viejo y el “nuevo” antisemitismo fueron mucho más notorias e importantes que las diferencias, bloqueando las facultades críticas de muchos alemanes y facilitando la nefasta labor “educadora” del Ministerio de Propaganda y del NSDAP. Hilberg ha podido mostrar una veintena de medidas discriminatorias y persecutorias del Tercer Reich que no constituyen sino un regreso a disposiciones medievales.²⁸ Véanse algunos ejemplos destacados:

del derecho canónico de la legislación nazi

* Prohibición del matrimonio entre cristianos y judíos (306)

* Leyes Raciales de Nuremberg (1935)

* Cierre del acceso a funciones públicas a los judíos (535)

* Ley del 07/04/1933

* Prohibición del acceso a las Universidades (1434)

* Ley universitaria del 25/ 04/ 1933

* Distintivos en la ropa para los judíos (1215)

* Decreto del 01/09/ 1941

* Ghettos obligatorios (1267)

* Orden de Heydrich, 21/09/1939

“Modernistas” como Zitelman, Aly y Bauman han podido documentar el amplio grado de colaboración que muchos médicos, antropólogos, docentes, sociólogos, ingenieros y otros profesionales presuntamente “modernos” brindaron al Tercer Reich trabajando en los niveles bajo y medio de sus aparatos burocráticos. También sabemos que Hitler se interesaba por autopistas, aviones y tanques. Pero de allí a sostener que las líneas directrices de la “cosmovisión” nazi puedan ser adecuadamente catalogadas como “modernas” hay un largo trecho, escasamente pavimentado con evidencia empírica y bastante huérfano de precisión analítica. En ambos sentidos creemos que se encuentran mucho mejor fundados los enfoques que ven al nazismo básicamente como una “modernización engañosa”, un “modernismo reaccionario”, una política del “re-encantamiento” y un tradicionalismo fragmentado.

Notas

1 Schoenbaum, D.: “Die braune Revolution. Eine Sozialgeschichte des 3. Reiches”, Köln /Berlin, Kiepenheuer & Witsch, 1983.

2 Mason, T. [“Zur Entstehung des Gesetzes zur Ordnung der nationalen Arbeit” en Mommsen, H., Petzina, D. y Weisbrod, B. (eds.), “Industrielles System und politische Entwicklung in der Weimarer Republik”, Düsseldorf, 1974, p.340], Smelser, R. [“Robert Ley. Eine Biographie”, Paderborn, 1989, pp.297 y ss.] y

Broszat, M. ["Zur Struktur der nationalsozialistischen Massenbewegung", VfZ, No.31 (1982), p.66] citados en Nolte, Ernst: "Streitpunkte. Heutige und künftige Kontroversen um den Nationalsozialismus", Berlin/Frankfurt, Propyläen, 1993, pp.144-146.

3 Zitelman, R.: "Der Nationalsozialismus", en Fetscher, I. y Münkler, H. (Eds.), "Pipers Handbuch der politischen Ideen, vol.5, München/Zürich, 1987, p.330.

4 Bauman, Z.: "Modernity and the Holocaust", Ithaca (N.York), Cornell Univ. Press, 2000 [1.ed. 1989], Prefacio, x.

5 Aly, G.: "The planning intelligentsia and the Final Solution", en Bartov, O. (Ed.), "The Holocaust. Origins, Implementation, Aftermath", London/ N.York, Routledge, 2000, pp.92-105.

6 Zitelman, op.cit., pp.330-331 y Payne, S.: "Historia del fascismo", Barcelona, Planeta, 1995, p.611.

7 Ver el detallado estudio de Diner, Dan: "Rationalization and Method. Critique of a New Approach in Understanding the Final Solution", en Yad Vashem Studies, vol.24, 1994, pp.71-108 y además Almog, Shmuel: "Theorizing about Antisemitism, the Holocaust and Modernity", en Annual Report (International Center for the Study of Antisemitism), Jerusalem, Oct. 2001, pp.14-15.

8 Ver Diner, op.cit. y en el mismo Número de de "Yad Vashem Studies" otros dos trabajos: Bankier, David. "On Modernization and the Rationality of Extermination", especialmente p.124, y Herbert, Ulrich, "Racism and Rational Calculation. The Role of Utilitarian Strategies of Legitimation of the National Socialist Weltanschauung". Especialmente pp.134 y 139-140. Además: Lindenfeld, David: "The Prevalence of Irrational Thinking in the Third Reich (...)", en "Central European History", Vol.30, No.3, 1997, p.377.

9 Ver Payne, op. cit., pp.598 y 613.

10 Bauman, op.cit., xiv.

11 Hartmann, F.: "Wider Natur. Die Biologisierung sozialer Praxis im naturwissenschaftlichen Monismus" y Weingart, P. "Eugenische Utopien (...)", en Walzer, H. (Ed.): "Nationalsozialismus und Moderne", Tübingen, Ed. diskord, 1993, especialmente pp.151-152, 162 y 172-174.

12 Roseman, M.: "National Socialism and Modernisation", en Bessel, R. (Ed.): "Fascist Italy and Nazi Germany. Comparison and Contrasts", Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1998, pp.198 y 214.

13 Esta posición, que ya era fuerte en los años 50 y 60, ha sido reafirmada en una serie de trabajos que mencionamos a continuación: Herf, Jeffrey, "El modernismo reaccionario", México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (1.ed. 1984); Hilberg, Raul, "The destruction of the European Jews: precedents" (orig. 1985) y Friedlander, Saul, "The extermination of the European Jews in historiography: fifty years later" (orig. 1997), ambos en Bartov, op.cit.; Mommsen, Hans, "Nationalsozialismus als vorgetäuschte Modernisierung", en Pehle, W.H. (Ed.), "Der historische Ort des Nationalsozialismus", Frankfurt, Fischer, 1990; Almog, Shmuel, "Nationalism & Antisemitism in Modern Europe 1815-1945", Oxford, Pergamon Press, 1990; Bankier, op.cit; Diner, op.cit; Herbert, op.cit.;

Lindenfeld, op.cit.; Beyerchen, Alan, "Rational Means and Irrational Ends. Thoughts on the Technology of Racism in the 3. Reich", en *Central European History*, vol.30, No.3, 1997; Mosse, George, "The Fascist Revolution", N.York, H. Fertig, 1999 (Cap.6); Kershaw, Ian y Lewin, Moshe (Eds.), "Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison", Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1999 (esp. pp. 346-348); Burleigh, Michael, "El Tercer Reich. Una nueva historia", Bs.As., Taurus, 2003 (1.ed. 2000). En la misma orientación general se encuentra Buchrucker, Cristian y colaboradores, "El miedo y la esperanza II – De la autodeterminación nacional al imperio genocida: 1914-1945", Mendoza, Ediunc, 2001 (esp. las secciones 3.2. y 4.).

14 Asumo la responsabilidad por la formulación específica aquí utilizada, aunque tiene una evidente deuda intelectual con una serie de estudiosos de historia de las ideologías.

15 Sobre esto ver Gerhard, D.: "La vieja Europa", Madrid, Alianza, 1981.

16 La primera expresión es de Hans Mommsen (ver Pehle, op.cit.); la segunda, del suscripto.

17 Krieck, Ernst: "Nationalpolitische Erziehung", 1933, cit. en Abendroth, W., "Faschismus und Kapitalismus", Frankfurt, Europa Verlagsanstalt, 1967, p.39.

18 Hitler en el Congreso Nacional del NSDAP, Nuremberg, 1933, reprod. en Baynes, N.H. (Ed.), "The Speeches of Adolf Hitler, 1922-1939", Oxford, Oxford Univ. Press, 1942, p.465.

19 Ver discursos de Hitler del 10/05/1933, 17/08/1934, Congreso del Partido de 1935 en Baynes, op.cit., pp. 432, 439-440 y 452.

20 Ver la versión inglesa de las "Anotaciones de Bormann" con ensayo introd. de H.R. Trevor-Roper: "Hitler's Secret Conversations 1941-1944", N.York, Signet, 1961, especialmente pp.368-370.

21 Hitler en el Congreso del NSDAP de 1933, en Baynes, op.cit., p.476.

22 Forsthoff, E.: "Der totale Staat", 1933, cit. en Michalka, W. (Ed.), "Das Dritte Reich. Dokumente zur Innen- und Aussenpolitik", München, dtv, 1985, Vol.1, pp.151-152.

23 Ver discurso de H. Himmler, Jefe Nacional de la SS, en una academia militar, enero 1937, *ibid.*, p.161.

24 Hitler al Reichstag, 30/01/1934, en Baynes, op.cit., p.425.

25 Hitler en el Congreso del NSDAP de 1935, *ibid.*, p.447.

26 Ver la obra cit. de Forsthoff en Michalka, op.cit., pp.45-47.

27 Ver Hitler en "Mein Kampf", 1936, 224. ed., p.378, cit. en Hofer, W. (Ed.), "Der Nationalsozialismus. Dokumente 1933-1945", p.35 y el discurso al Congreso del NSDAP, 1935, en Baynes, op.cit., pp.442 y 450.

28 Hilberg, Raul, en Bartov, op.cit., pp. 28-30.